

# UNA JOYA DEMOTICA

por FRANCISCO ARRIZABALAGA

Son las seis menos cinco de la tarde. El continuo contacto que tengo con mis lectores es ya familiar. Pero hoy he recibido una visita ciertamente inesperada. Unos observadores llegan hasta mi mesa de trabajo pidiéndome unas declaraciones. Tras el saludo inquisitorio, nos cruzamos amplias sonrisas; tras la sonrisa una cierta serenidad reina todavía en el ambiente. Son dos los visitantes, preparados lanza en ristre.

—Mire V., don Francisco, — comienza el que parece más veterano en las lides protocolarias — queremos pedir su colaboración para que pueda facilitar al gran público renteriano, en forma de estadística, las empolvadas informaciones que siempre duermen en los Archivos.

En el exterior resuenan las voces infantiles en aumento, pues son ya las seis de la tarde — hora de la apertura — y esperan inquietos el permiso de entrada. Entre tanto voy contestando a sus preguntas.

—¿Cuándo se inauguró la Biblioteca Pública Municipal?

—Año y medio hace que este Centro de extensión cultural se abrió al público. Gentes de todas las clases tienen libre acceso para consultar sus libros y publicaciones. Se han leído 14.657 libros en una población de 20.000 habitantes. Esto no quiere decir que el número de lectores sea el mismo, pues si se han leído 14.657 libros también es cierto que apenas llegan al millar quienes han consultado dichas obras. ¿Dónde están los 19.000 renterianos que faltan? Conviene destacar por ello que la Biblioteca es de todos y para todos: grandes y pequeños, hombres y mujeres.

—¿Cuántos libros y qué temario abarcan los mismos?

—Actualmente disponemos de 1.600 libros, siendo sus temas tan variados que están clasificados en diez grupos, división al que por acuerdo internacional denominamos *Clasificación Decimal Universal*. Estos diez grupos son:

- 0.—Obras generales.
- 1.—Filosofía.
- 2.—Religión.
- 3.—Sociología.
- 4.—Lingüística.
- 5.—Ciencias Puras.
- 6.—Ciencias Exactas.
- 7.—Bellas Artes.
- 8.—Literatura.
- 9.—Geografía. Historia.

—¿Los lectores más asiduos?

—Sin duda alguna, en esta diaria asistencia destaca en primer lugar la afluencia de los niños con el 46 % del total. Me alegro grandemente cuando a pesar de su cansancio — y de los «coscorrones» recibidos en clase llegan corriendo a su sección de libros infantiles. Me alegra sobre todo su naciente entusiasmo que más tarde podrá convertirse en verdadera inquietud por el saber. ¡Padres y maestros! ¡Sed conscientes y responsables en la misión educadora de vuestros hijos!

—2.º— Siguen a continuación en méritos los aficionados a la literatura con un 40 %. Los adultos, en general, se inclinan por la no-

vela moderna dejando fosilizado al resto de los grandes clásicos de todos los países y de todos los tiempos. El estilo breve y claro del escritor, junto a la crítica dura — cuanto más acerba, mejor — de la realidad de la vida actual, son las características para la aceptación de un libro como «bueno». Por eso, el obrero y el estudiante — en este orden por su frecuencia — buscan la belleza artística y el descanso en el 40 % de los libros.

—3.º— Con una baja muy notable llegamos a los libros de Ciencias con un 8 %. Entre éstos, los más consultados tienen una finalidad práctica; como son los estudios profesionales: mecánica general, contabilidad, trabajos del hogar.

—4.º— Por fin y con un 6 % las obras generales en las que incluimos especialmente las revistas que recibimos.

—Danos tu impresión general de la biblioteca: ¿Se lee ahora más que antes? ¿Te dan mucho trabajo grandes y pequeños?



—Las dos preguntas van íntimamente ligadas. Es decir: que si se lee mucho más que antes — y así es en efecto — el trabajo y las molestias consiguientes aumentan en la misma proporción. Estoy francamente optimista porque hoy se lee más que hace un año, especialmente entre los lectores a domicilio: prueba evidente de que la afición al libro o va naciendo o resucitando después de un largo sueño en que yacía aletargada tras los estudios de enseñanza primaria. Y eso es lo que pretendo en mi cargo de bibliotecario: iniciar y fomentar la afición a la lectura y al estudio para que todos procuremos nuestra elevación personal y colectiva. Seguiré feliz en mi puesto, porque esta biblioteca — nacida pequeñita y con retraso — responda a las exigencias culturales de nuestro pueblo. El trabajo es grande: el número de socios a domicilio ha aumentado — 100 el año pasado y 230 socios ahora —; he de velar por la disciplina entre los niños: desde hacerles lavarse las manos sucias de jugar «a chapas», hasta enseñarles a escribir o iniciarles en las lecturas infantiles que no les agradan porque «no tienen santos». Los niños — mis preferi-

dos por otra parte — han de merecer especial atención de la biblioteca, que así completa y continúa la labor de la Escuela, pues en la infancia están los lectores del mañana. En consecuencia, los jóvenes y adultos — la mayoría somos hijos de la clase obrera — que hemos encontrado dificultades en los estudios primarios, precisamente por haber tropezado con ellas, debemos tratar de conseguir el nivel que nos corresponde. No hemos de ser pesimistas y cerrar los ojos en las turbias aguas de la ignorancia o la pasividad.

—¿Tus deseos? ¿Problemas?

—Son dos especialmente: Adquisición de más libros y ampliación del local. A medida que vamos comprando libros con la ayuda del presupuesto anual y con los donativos recibidos de generosos renterianos, vamos enriqueciendo la biblioteca y sobre todo educando a las gentes. En el segundo punto, desde los días de la inauguración oficial el Centro resulta insuficiente para acoger a niños y adultos. Este problema se registra de septiembre a mayo, bajando bastante la asistencia durante la temporada estival. Quiero presentar un tercer problema, más humano: se aprecia un notable descenso en la asistencia de las lectoras. Se trata, pues, de animarlas. Cuando los hombres han leído 10.292 libros: el 70 %, la mujer sólo ha consultado 4.365: el 30 %. Me resisto a creer que, tratándose de un centro cultural, ciertos momentos psicológicos basten para deshacer el feminismo creando un claro complejo de inferioridad ante el hombre. Es la cultura la que nos eleva y a través de ella por quien somos libres. Por eso no puedo justificar la timidez femenina, ni las protestas del amor, «et alia hujuscemodii», porque éstas sin cultura son como el pájaro sin alas. Sólo cabe excusar los muchos trabajos del hogar y por ende el cansancio físico.

—¿Tienes, por fin, alguna anécdota curiosa que contarnos?

—Ene bada! Muchísimas curiosidades, pero sólo voy a contar una relacionada con las hijas de Eva. Resulta que tengo en la biblioteca un libro titulado: «¿Quiere V. ser tonta en diez días?». Como veis, tiene una gran semejanza con esos libritos de idiomas: «¿Quiere V. aprender francés o inglés en quince días?», con la única particularidad y gran ventaja de que hasta para ser tontas se aprende con más rapidez todavía. Pues ocurre que las del sexo débil se hallan muy resentidas con el citado libro que me veo obligado a retirarlo.

—Sólo me resta elevar una cariñosa invitación para visitar nuestra Biblioteca Pública Municipal. Quienes la conocen, para intensificar la lectura de los buenos libros, y quienes la desconozcan piensen que la biblioteca no es un viejo almacén de libros, sino que es una institución cultural al servicio de la educación de la comunidad; el libro no es ya un elemento privativo de los potentados, puede llegar a todas las manos que se abren a la inquietud cultural si colaboramos todos.

Mientras me despido afectuosamente de la visita, llega el primer batallón de «chaveas inquietos», manos y caras son un complejo de barnices extraños. Aquí comienza mi labor diaria.